

nia. Cuando al fuego separatista ganaba tanto terreno entre las antiguas colonias realistas, ¿qué había de ser en Nueva Inglaterra? Massachussets en 10 de Mayo de 1776 da sus instrucciones á sus representantes en el Congreso para que declarasen la independencia de América, asegurándoles que si se decide el Congreso á ello puede contar el Congreso con la vida y las fortunas de los hijos de Boston; Rhode-Island fué aún más lejos, pues dijo que no tendría inconveniente alguno en celebrar alianzas con potencias extranjeras para conseguir la emancipación de América. Sin embargo, hubo Estados que vacilaron bastante antes de unirse al movimiento general que pedía la declaración de independencia, la Pennsylvania y Maryland no se decidieron hasta el último momento.

Llegó, por fin, el famoso 8 de Junio de 1776, el Congreso va á resolver la grave cuestión, Pennsylvania y Maryland disientan aún de la opinión general, Ricardo Enrique Lee, representante de la Virginia, toma el primero la palabra y sostiene resuelto y elocuente la causa de la independencia. «No hay ejemplo en la historia de un pueblo que se haya visto en el caso nuestro, combatimos por la libertad y no por el ávido deseo de adquirir dominaciones de clase alguna» y cuando de esto se trata, porque se duda, ¿á qué tantas vacilaciones? De Inglaterra ya no podemos esperar ventaja alguna y la libertad amenazada ya no es posible salvarla sin destruir el lazo que á ella nos une. El mundo entero ha oído nuestras súplicas, sólo Inglaterra ha sido sorda á nuestro clamor. Por otra parte, no se crea que pido la separación por sistema, más pronto ó más tarde ha de tener lugar, porque así lo exige la naturaleza de nuestro suelo, lo vasto de nuestros cultivos, la industria de nuestros conciudadanos y si esto es cierto, ¿no sería locura despreciar la ocasión presente cuando la desenfrenada conducta de Inglaterra ha enardecido los corazones de nuestros compatriotas y puesto en sus manos las armas? ¿Y pues la crueldad de nuestros enemigos nos han puesto en la dura alternativa de su esclavitud ó de la independencia, que hombre sensato y amante de su patria dudará en su elección? ¿Y quién nos asegura de la buena fe de los ingleses si con estos hombres no hay promesa segura, si la fe británica es reputada por más infiel que la fe prusiana? y aún cuando fuesen capaces de guardar y observar los pactos que se hicieran, después de la sangre derramada y de las palabras imprudentes que se han pronunciado, ¿qué esperanzas habría en que la paz fuese duradera? Además, ya ambas naciones se han separado por voluntad é intereses, una quiere

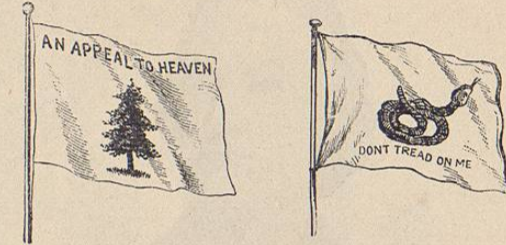
governar sin fuerza, la otra no quiere obedecer ni aún con libertad. ¿Qué, pues, podríamos proponer dados estos términos? Amigos fieles pueden llegar á ser americanos é ingleses; súbditos, jamás. El mismo poderío de Inglaterra, sus grandes riquezas, auguran funestos males para un próximo porvenir. Habiendo llegado á la mayor altura, no debiendo temer á sus vecinos, los ánimos se aflojarán, se corromperán las costumbres, se viciará la juventud y habiendo venido á menos los fuertes brazos y los varoniles pechos de los ingleses, Inglaterra será pasto de un enemigo extranjero ó de un ciudadano ambicioso, y si á ella permanecemos nosotros unidos será imposible librarnos de la corrupción que tanto más debemos temer por cuanto es irreparable. Separados no debemos temer ni la insegura paz, ni la peligrosa guerra. Y es necesario que termine tanta incertidumbre que podría sernos funesta. Poseemos la *soberanía absoluta* y no osamos confesarla, desobedecemos á ese rey y nos reconocemos súbditos suyos; y estamos en guerra contra una nación de la cual se quiere que declaremos que deseamos depender. En medio de tanta incertidumbre los ánimos están suspensos, las atrevidas resoluciones se dificultan, todos los caminos se cierran, nuestros capitanes no son respetados ni obedecidos; los soldados ni confiados ni subordinados, débiles en el interior, viledendiados en el exterior, ni príncipe alguno extranjero puede pensar en venir en ayuda de gente tan tímida é irresoluta. Mas proclamada de una vez la independencia, descubierto claramente el fin á que se tiende y la grandeza del propósito, los ánimos se ensancharán, se animarán los generales, y los soldados arderán en deseos de pelear, habrá, en fin, mayor diligencia en todos para triunfar en tan grande empresa. Hemos llegado ya á un grado de cultura y de fuerza que nos lleva ya á figurar forzosamente entre las naciones independientes, y de esta condición somos tan dignos como los ingleses. Si ellos son ricos, ricos somos; si son fuertes y valerosos, fuertes y valerosos somos también; si son más numerosos, la invencible fecundidad de nuestras castas esposas nos colocará bien pronto en una misma línea. Ya se ha arrojado al enemigo de Lexington por un ejército de 30,000 hombres improvisado en un día, ya sus generales han debido en Boston ceder á la pericia de los nuestros; y se combate no para saber bajo cuáles condiciones podemos nosotros seguir con Inglaterra, sino para hacer de nosotros un país libre, fundar un justo, un independiente gobierno. Los griegos combatieron contra innumerables ejércitos persas y vencieron porque la libertad les ins-

piraba; en memorables combates la Suiza y los holandeses conquistaron contra Austria su libertad é independencia porque el amor de estos dos grandes principios les guiaba; pues bien, también en el suelo americano brillan hombres valerosos; también aquí, se sabe lo que es valor; también aquí, es general un mismo deseo; también aquí, se ha aprendido á correr de frente á la muerte para conquistar la patria y la libertad. ¿Por qué, pues, vacilamos aún? ¿por qué se tarda en resolver? Luzca, sí, luzca en este fausto día, por fin, la *Republica americana*. Luzca, no rencorosa é inquietadora, sino ordenada, pacífica, dulce. La Europa, tiene fijos sus ojos en nosotros. Europa nos pide un ejemplo vivo de libertad que pueda consolar y confortar el ánimo de aquellos pueblos embrutecidos por una reciente tiranía. Europa nos pide que levantemos un asilo donde puedan encontrar consuelo los infelices, reposo los perseguidos. Europa nos ruega que dispongamos en propicio y bien cultivado campo, donde pueda arraigar, crecer y multiplicar su bella y saludable sombra abundantísimamente, aquella generosa planta que primero nació y creció en Inglaterra pero que ahora languidece y muere sacudida por el maléfico aire de la tiranía. Si hoy, pues, no faltamos al cumplimiento del deber para con nuestra patria, los nombres de los legisladores americanos ocuparán en la mente de la humanidad el sitio que ocupan Teseo, Licurgo, Rómulo, Numa, los tres Guillemos y todos aquellos cuya memoria es grata á los hombres rectos y honrados ciudadanos.»—Así habló en 8 de Junio el *Cicerón* americano, y aunque su arenga enardeció á todos los oyentes, fríos permanecieron al fuego de su palabra los representantes del Maryland y de Pennsylvania. Para reducir á estos Estados al acuerdo general, tanto como para que no se dijera que un acuerdo tan grave no se tomaba con la debida madurez y reflexión, se aplazó resolver sobre el asunto para el día de las calendas de Julio.

En tanto, se convocaron las Asambleas provinciales de los Estados disidentes, y en ellas se trató del punto que tan elocuentemente había tratado en el Congreso Enrique Lee. El Maryland se rindió fácilmente al general deseo del pueblo. En Pennsylvania la resistencia fué más formidable. Dickinson, el autor de la primera petición al Rey, representante en el Congreso de Pennsylvania, combatió en la Asamblea de ese Estado resueltamente la proclamación de la independencia.

Merecen conocerse los argumentos que usaban los hombres que en aquellos días se oponían á que fuera la América británica un Estado libre é independien-

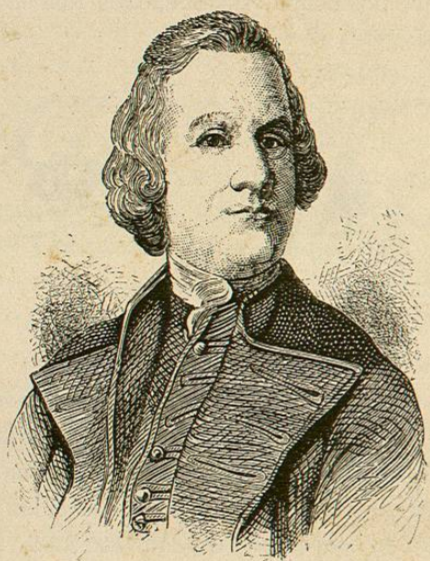
te. «Suelen,—decía Dickinson á la Asamblea de Pennsylvania,—los hombres parciales juzgar las cosas por su exterior ó apariencia, no por la razón y la justicia; de aquí que sus fines sean, no el de impedir los tumultos, sino el de incitarles; no de arreglar las feroces discordias, sino el avivarlas y envenenarlas. Al obrar así, ó se proponen la propia satisfacción, ó complacen á los potentados; ó, si se dirigen á la multitud, conquistan su favor. De aquí que, en las conmociones populares, la razón y el derecho se encuentren con menos parciales que sus contrarios, y que se excedan y se aborrezcan grandemente los tumultos de los partidos que no tienden nada menos que á imponer su querer, por la fuerza, á la voluntad y al entendimiento. Mas, viniendo al asunto que nos ocupa, debo decir que los hom-



Banderas de la revolución

bres prudentes no dan al traste lo cierto por lo dudoso. Que es cosa cierta que América podría crecer y prosperar con las leyes inglesas y bajo un mismo rey y Parlamento, lo demuestra la felicidad en que ha vivido en este estado durante 200 años, pues la presente felicidad es fruto de aquellas antiguas y venerandas leyes, y de aquel consorcio. No, pues, aisladamente, sino unidos á otros, no con leyes americanas, sino con leyes inglesas; no como independientes, sino como á súbditos; no como república, sino como monarquía, hemos llegado nosotros á tanta grandeza y poderío. ¿Qué quiere, pues, esta multitud furiosa, entregada, al día, á la discordia y á la guerra? ¿Tendrían, pues, los alaridos de la ira más fuerza en nosotros que la experiencia de los siglos? Sé que de todos es querido el nombre de libertad, lo concedo voluntariamente, pero de ella hemos gozado largamente bajo la superioridad de la monarquía inglesa. Y esto, que es cierto y positivo, ¿lo daremos al olvido para buscar la libertad en no sé qué forma de república que pronto se convertiría en licencia y en popular tiranía? Si así como en el hombre la cabeza rige el cuerpo, y en la monarquía es la cabeza el rey con el Parlamento, ¿qué dirección ó fuerza tendría la virtud de regir y contener nuestro disuelto cuerpo social? Tan convencido estoy

de que nada podría mantener unidos los discordantes miembros de este imperio, su diversidad de opiniones é intereses, que sería necesario pedir de nuevo ayuda y protección á la misma autoridad que hubiésemos arrojado y que sólo nos la concedería en cambio de nuestra servidumbre. ¿Qué prueba hemos hecho, pueblo joven é inexperto, de regirnos por nosotros mismos, cuando, por simples cuestiones de límites territoriales, hemos necesitado del consejo y y auxilio de Inglaterra? Y no sólo nos ha sido útil para nuestra unión en el interior, sino que nos ha protegido fuertemente en el exterior, aumentando así la prosperidad de nuestro comercio. A nosotros nos han considerado las naciones extranjeras no por nuestra calidad de americanos, sino por ser súbditos



SAMUEL ADAMS

ingleses; romped la unión, y el mundo entero nos tratará como á piratas; ¿y de dónde sacaríamos la fuerza para hacernos respetar? Si pudiésemos ser independientes, sin ser esclavos de todo el Universo; si pudiéramos sacudir la dominación de Inglaterra, sin caer bajo la dominación de otro pueblo, aún podría aceptarse la proposición; pero cambiar el señorío de la Gran Bretaña por el del mundo, es una resolución que sólo deben tomarla los locos. Si queréis veros obligados á obedecer á la soberbia Francia, que ocultamente alienta el fuego, declarad la independencia. Si preferís la franqueza holandesa, veneciana ó genovesa, á la británica, decretad la independencia. Mas, si no queréis nada de esto, conservad aquella independencia, que ha sido y es el principio ocasional de esta prosperidad, de nuestra libertad y de nuestra independencia. No niego yo que, de doce años á esta parte, Inglaterra se ha conducido con nosotros de un modo capaz para hacernos olvidar las ventajas de

nuestra unión, pero que al fin se ha convencido de su error, y las escuadras que envía y los ejércitos que organiza no vienen ni los dispone ya para imponernos su soberana voluntad, sino para que entremos de acuerdo. Las condiciones topográficas de este país son grandes, y sus numerosos lagos, sus rápidos ríos, sus espesas selvas, que ofrecen condiciones para una enérgica resistencia, han convencido á Inglaterra que el mejor modo de reducirnos es el de la condescendencia. Vencimos fácilmente en Lexington y Boston, pero, al fin, nuestra victoria se ha convertido en derrota bajo los muros de Quebec. Débese temer que la continuación de la guerra no enfríe los ánimos, pues la necesidad de combatir por la independencia no es para todos evidente. Cuando Inglaterra vea que combatimos para separarnos de la madre patria, y no para abolir leyes injustas, arrojará sobre nosotros la infame nota de rebeldes, y toda la nación británica á la una vendrá contra nosotros, que, de ofendidos súbditos por nuestra declaración, nos habremos convertido en extranjeros é irreconciliables enemigos. Oigo decir por los propagandistas de nuevas doctrinas, que príncipes extranjeros, movidos por su odio contra Inglaterra, vendrán en nuestro auxilio, como si estos príncipes no tuviesen en América colonias y á quienes importa mantener en su sumisión y dependencia; ¿quién no conoce la cupidez y la perfidia europea? Nos halagarán, por lo tanto, con corteses palabras para despojarnos después de todo, de nuestro comercio, de nuestras pesquerías; todo por poner nuestra fe en inveterados enemigos, cuya experiencia ya hemos hecho. Muchos, para alcanzar su fin, exaltan la república contra la monarquía. Yo no me encuentro aquí para discutir cuál de estas dos formas de gobierno deben aceptar los hombres. Diré sólo que muchas naciones, particularmente Inglaterra, han ensayado una y otra forma, y que, por fin, no han encontrado la paz y el reposo mas que en la monarquía. Sé también que muchas repúblicas no han podido sostenerse sin posponer la autoridad popular á magistrados monárquicos, tanta es la necesidad de la monarquía, conocida con los nombres de arcontes, cónsules, gonfaloneros, dux y hasta reyes. Debo también decir una cosa que me parece cierta é indiscutible que la Constitución inglesa, es como un resumen de las ventajas de una y otra forma de gobierno. Tales son, señores, mis opiniones, expuestas sin vehemencia, sin florida palabra, pero sí, ciertamente, con candidez y sinceridad. Quiera el cielo que mis siniestros presagios no se realicen, y que vosotros, en esa solemne reunión del pueblo, no déis crédito á la hinchazón, á las exageraciones y á las exci-

taciones de los hombres presuntuosos, ó intemperantes, sino á las pacíficas exhortaciones de los buenos y prudentes ciudadanos, puesto que la prudencia y la circunspección fundan y conservan los imperios, y que la temeridad y la desconsideración les arruinan.»

Nosotros creemos que si el discurso de Dickinson no fuese como es una paráfrasis apasionada del discurso de Lee, que dió, es cierto, ocasión á algunos tumultos en Pennsylvania, de lo que con tanta vehemencia y evidente exageración se queja en el exordio de su discurso, la obra oratoria de Dickinson



EL GENERAL WARREN en la tribuna

hubiera causado mayor efecto, porque en verdad no hacía más que hacerse eco de las dudas y temores de que se hallaban poseídos gran número de americanos, contándose entre éstos no pocos miembros del Congreso, pero tuvo la debilidad de hacer públicos sus temores y por este solo defecto el nombre de Dickinson no ha pasado á la posteridad envuelto con la aureola de gloria que rodea los nombres de los legisladores que proclamaron la independencia de América á cuya causa tan grandes servicios inconscientemente había prestado.

Reunido el Congreso de nuevo con la presencia de los delegados de Maryland y Pennsylvania, se procedió á la votación de la declaración que había redactado Jefferson en 4 de Julio de 1776.

Dígase ahora si no fué laboriosa y trabajosa la obra del Congreso general de las trece colonias reunidas, si había dado el mundo entero antes de América el ejemplo de estar discutiendo durante dos largos años la conveniencia de declararse independiente un pueblo armado que con varia fortuna luchaba durante todo ese tiempo.

Cuando decíamos antes de que no podía dudarse de la sinceridad del Congreso en punto á su fidelidad á la madre patria y aducíamos en pro de nuestra oposición testimonios respetabilísimos, guar-



TOMÁS PAINE

dábamos para este momento el de Dickinson para que se juzgase después de conocer su discurso en contra de la declaración de la Independencia, de la rectitud de propósitos del autor de la primera petición del Congreso al Rey. Y claro está que si en el Congreso hubiera habido dolo ó mala fe, no hubiera un hombre del carácter, entereza, rectitud y sabiduría de Dickinson, consentido en jugar un papel repugnante y bajo, y que la misma energía y honradez con que se separó de sus colegas en la víspera de la declaración de la Independencia, hubiese puesto al servicio de su dignidad tan pronto la hubiese considerado comprometida.

El discurso de Dickinson tiene el considerable mérito de darnos á conocer cómo opinaban los hombres sinceramente realistas y americanos, esto en primer término, luego la de ponernos de todo relieve las causas de aquella indecisión del Congreso que desesperaba á E. Lee. Cuando se recuerdan los sucesos después de leído el discurso de Dickinson, se ve cuán fundados eran los temores de los patriotas americanos, con cuanta penetración escudriñaban su porvenir lleno de esperanzas y temores. Dickinson si no fué afortunadamente un profeta fué un semi-profeta, y lo fué en estos tiempos en que son ya tan difíciles las profecías, porque era su voz fiel eco de las opiniones y temores de una gran parte del pueblo americano. Dickinson no sabe como va á organizarse una república, ni como va á fundarse una nación sobre la base de las contrarias opiniones, tendencias é intereses de las trece colonias. Que Dickinson no se equivocaba en este punto nos lo dicen los once años de trabajos y de propaganda y de inmensos sacrificios que fueron necesarios para llegar á la Constitución de 1787, once años duró el aprendizaje político de los americanos; que no se equivocaba Dickinson al temer que se iba á sacudir la soberanía de Inglaterra por el de la soberbia Francia, las ruidosas contestaciones entre una y otra potencia durante la revolución lo dicen claramente y no eran estos motivos sobrados para intimidar el más decidido, para helar al más entusiasta? A Dickinson le faltó la virtud de Washington y de Franklin, que á pesar de sus temores y desconfianzas no vacilaron en afrontar todos los peligros que iba á arrostrar su patria para figurar libre é independiente en el Congreso de las naciones, para salvar aquella planta que iba á correr en Europa el más furioso temporal. La humanidad no puede hacer más que compadecer á los débiles de espíritu y de corazón, los laureles sólo los tiene para el hombre fuerte.

Richard Henry Lee



CAPÍTULO IV

LA UNIDAD NACIONAL Y LA CONFEDERACIÓN

La declaración de la Independencia.—Paralelo entre los procedimientos revolucionarios en América y Europa.—Discute el Congreso el proyecto de Confederación por iniciativa de Franklin.—La Confederación y las Asambleas de los Estados.—*La unidad nacional*.—Circular de la Asamblea de Filadelfia.—Declaración unitaria de la Constitución de la Confederación.—La cuestión territorial.—Rectificación de la unidad nacional.—Que no ha habido ni pacto ni contrato.—Opiniones autorizadas.—Doctrina de nulificación.—Lucha entre las tendencias federalistas y las separatistas.—Opinión de Washington.—Descrédito del Congreso.—Actitud de los federalistas.—Hamilton.—Jay.—Washington.—Convención de Anapolis.—Revisión de los artículos de la Confederación.

EN 4 de Julio de 1776 el Congreso publicó la declaración de la Independencia, las Colonias unidas considerábanse Estados libres é independientes y con todos los atributos de la soberanía como declarar la guerra y hacer la paz, contraer alianzas, establecer el comercio, y demás actos según pudiesen tomar parte como hombres libres.

La situación se había despejado, el pueblo americano sabía ya por qué combatía, cuál había de ser el premio de su victoria; pero tenía el pueblo ó el Congreso siquiera conocimiento claro de su situación y del alcance de la declaración de la Independencia? ¿Constituía con el solo acto de declarar independiente á las trece colonias una nación? ¿existía el pueblo americano? Hemos hecho notar subrayando algunas frases del discurso de Lee que en su opinión la declaración de la Independencia de las trece colonias unidas, envolvía la declaración de hecho de

hacer del Norte-América «un país libre con su justo é independiente gobierno,» que había de ser la República americana. ¿Mas, hasta dónde llegaba el modo de ver de Lee, hasta dónde alcanzaban sus doctrinas y cuál era en este punto el sentido y vocación del pueblo americano? Vamos á verlo.

Declarada la Independencia ábrese nuevamente otro período de incertidumbre y de indecisión que poco le faltó para no costar á la joven República americana su libertad é independencia. Antes de declararse ésta, los partidos y opiniones excusaban su indecisión en lo incierto del porvenir, los hombres más ilustres decían que no veían claro, pero desde el momento que á la declaración llegaron obligados por los acontecimientos y la decisión popular, habían de llegar á sus últimas consecuencias y constituir la unidad de poder necesaria, no sólo para salvar la revolución, sino para constituirse definitivamente como un pueblo soberano. Dicho se